

Gonzalo Torrente Ballester

Los gozos y las sombras

3. La Pascua triste

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 1972

Tercera edición: 2017

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard

Imagen: © Arcangel Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Gonzalo Torrente Ballester, 1962

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1972, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-578-6 (O. C.)

ISBN: 978-84-9104-577-9 (Tomo 3)

Depósito legal: M. 36.363-2016

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

A María Fernanda

Durante la primavera llovió poco; en el verano, ni una gota. Los maíces están desmedrados, y las viñas, canijas. Cuando sopla el Norte, el polvo invade a Pueblanueva, la envuelve en una nube, la oscurece. Parece, además, como si todas las moscas del mundo se hubieran juntado aquí. Moscas en la calle y en casa, moscas rabiosas, furiosas, que pican como avispas, que zumban todo el día, que ni siquiera en la noche se sosiegan. En el casino, los tresillistas acordaron elevar a la Junta directiva una petición en regla para que comprase papeles engomados y los colgase aquí y allá, a ver si las moscas se iban. La Junta lo tomó en consideración y se compraron papeles matamoscas al por mayor. Todas las mañanas, el chico del bar procede a descolgar las largas tiras amarillas donde las moscas muertas se apretujan; las lleva a quemar al patio y luego pone otras nuevas, que en seguida dejan de brillar, salpicadas de moscas que van cayendo, cientos y cientos. Sin embargo, en el aire, en las paredes, nuevas moscas ocupan el lugar de las muertas, como ejército inacabable al que las bajas no preocupan. Hay quien se pasa las horas siguiéndolas con la mirada y cuando quedan pegadas lanza un grito de triunfo y apunta: «¡Trescientas sesenta y ocho!». Las tiras engomadas dan al salón aspecto de verbena; pero como no bastan, se han traído unos recipientes de alambre, en forma de cono truncado con la parte estrecha para arriba. Se abren, se mete en el interior un terrón de azúcar y se dejan en los rincones; las moscas entran por un agujerito a comer lo dulce y ya no saben salir: se quedan allí dentro, se amontonan cada vez más bulliciosas y hacen un ruido sordo. Cuando el recipiente está lleno, el chico del bar lo recoge, le ata una cuerdecita y se lo lleva a la mar, donde

ahoga a las moscas; después lo limpia, le repone el azúcar y a seguir almacenando insectos. Se dice que Cayetano ha traído de Inglaterra un líquido que las mata sólo con el olor y que en las oficinas del astillero gracias a eso no hay moscas y se puede trabajar tranquilamente.

Como todo no habían de ser males, la temporada de pesca fue superior. La sardina sobre todo se da que es una gloria: no hay más que echar el copo, y lleno. Vienen de fuera camiones a cargar la pesca; la meten en cajas con hielo y se la llevan, dicen que a Madrid. Pero como hay tanta, va barata, y el precio no cubre gastos. Lo mismo pasa en Vigo y en otros puertos pesqueros. Un día llegaron unos sujetos, se reunieron con el comité del Sindicato y acordaron pescar menos para que la mercancía suba de precio. Cayetano dice que si en Pueblanueva hubiera una fábrica de conservas daría lo mismo que el pescado fuese tirado, porque al menos tendrían trabajo las mujeres. Pero a nadie se le ocurrió fundar en Pueblanueva una fábrica de conservas. Por esa razón, el Sindicato no va boyante y Carlos Deza ha tenido que hacer uno o dos préstamos en metálico para pagar las facturas de la raba.

Porque don Carlos Deza no se marchó. Primero dijo que lo retrasaría un par de meses; luego ya no se habló más de eso. Se supone que espera la llegada de la francesa, que algún día vendrá, pero no sabemos cuándo. A veces se habla de ella en el Casino, ya sin interés. La verdad es que en el Casino se habla poco. Ni siquiera jugando: las partidas son sordas, enconadas. Muchas veces un jugador, de pronto, suelta un taco, da un puñetazo en la mesa y grita que con este calor no se puede y que entre el calor y las moscas no hay nervios que aguanten. Pero como no hay mejor cosa que hacer a esas horas de la siesta o al caer de la tarde, se sigue jugando.

A mediados de julio, don Carlos Deza apareció por el Casino y dijo que ya se habían terminado las obras de la iglesia y que si queríamos ir a verlas porque tenían mucho mérito. Pegaba tan fuerte el sol que nadie tenía ganas de moverse; pero don Lino, por aquello de la cultura, de que habla siempre, se levantó y se fue con

don Carlos. Recorrieron la iglesia, ya libre de andamios por dentro y por fuera, y regresaron. Don Lino venía entusiasmado: durante más de una semana habló del estilo románico, de cómo se construía hace siete siglos y de que entonces los albañiles tenían sindicatos como ahora y que de aquellos sindicatos vienen los masones actuales. Explicó el cómo, pero nadie lo entendió bien; hay quien asegura que todas las tardes, antes de ir al Casino, leía en un libro lo que había de decir después y que de eso le venía su ilustración. La verdad es que el arte románico y los masones no le importan a nadie y que lo mismo da la iglesia de una manera que de otra. Es cosa que interesa a los curas; si acaso a don Julián, el de Santa María de la Plata: se le oyó protestar muchas veces de que las obras tardasen tanto, y cuando una vez terminadas el padre Quiroga se metió allí con otros dos frailes y empezó a pintar las paredes, el cura fue a verle y a decirle que con una mano de cal bastaba y que en la iglesia nunca había habido pinturas. Pero como la Vieja mandó en su testamento que se pinten las paredes, el cura tuvo que callarse. Desde entonces el padre Eugenio con sus frailes trabaja todos los días y nadie sabe lo que hace porque no dejan entrar. Mandó poner en la puerta un cartelito: «Prohibido el paso». Allí sólo entra don Carlos de los de fuera.

Clara Aldán casi no sale de su tienda. Abre las puertas antes que nadie, cuando todavía no han montado los tenderetes de la plaza, y ya está de pie detrás del mostrador. Su clientela se compone de aldeanas sobre todo: se entiende bien con ellas. Saca las mercancías a la puerta como todo el mundo, pero las arregla de modo que resulten más llamativas, y siempre hay un par de aldeanas remirando. Dicen que vende mucho. Alguien que la vio de cerca asegura que está un poco más delgada y más guapa. Ahora viste bien. Para el verano se hizo dos vestidos, uno blanco y otro colorado, cortos y con escote. Pero no da que hablar. Suele salir de noche y pasear por el malecón; sola siempre. Ni se ha visto a don Carlos en la tienda ni con ella. Deben de andar mal las amistades.

De don Carlos Deza se dice que estudia mucho y que también escribe. Sigue viviendo en casa de la Vieja; pero cuando apretó el

calor dejó a las Ruchas y se fue al pazo, que como está en alto es más fresco. Pasó allí todo el mes de agosto sin bajar a la villa ni siquiera para ver cómo pintaba el fraile. Durante parte del verano tuvo allí a los padres de la Galana y a sus hermanos, que allá se aposentaron cuando la hija los echó de casa, y don Carlos les dejó un alpendre para cobijarse y unas habitaciones en el bajo más tarde. Hasta que dispuso alquilarles unas tierras y una casa de la Vieja, bastante lejos del pueblo, y allá se instalaron los Galanes con uno de sus hijos, que el otro acordó emigrar y marchó a La Habana. El pasaje se lo pagó don Carlos. Al cabo del verano el más pequeño volvió al astillero, con seis pesetas diarias de jornal. Martínez Couto contó que don Carlos le había hablado por él a Cayetano y que por eso lo admitió.

A la Galana se la ve muy pocas veces y para eso temprano. Se le quemó un poco el cutis con el sol, pero sigue tan guapa y repolluda. Se lleva bien con el marido, que trabaja todo el día en la finca y aun necesita de un par de jornaleros para ayudarle. Rosario cose, como antes, ropa blanca, pero en su casa, salvo cuando hubo que arreglar las sábanas de Carlos, que entonces pasó los días en el pazo. A Paquito el Relojero le preguntan si esos días la Galana se acuesta con don Carlos; pero él responde con un gruñido que cada cual interpreta como quiere, sí o no. Es de suponer que sí, que se acuesten. Y que don Carlos inventó lo de pasar agosto en el pazo con el calor como pretexto para que la cosa fuese más fácil. De todas maneras la historia ya dejó de interesar, y el marido de la Galana pasa por la calle, cuando pasa, sin que lo miren.

Cayetano estuvo en Inglaterra cosa de quince días y, al regreso, en otras plazas con astilleros. Trajo máquinas nuevas, además del líquido matamoscas; mucho tabaco de pipa, que regaló en parte a los aficionados, y corbatas. A su madre, galletas y mermeladas. Contó en el Casino lo que había visto, y cuando le preguntaron que qué tal estaba Inglaterra de mujeres, respondió que no había pensado en esas bobadas. Con lo cual todo el mundo abrió la boca y se miró, y Cubeiro soltó en voz alta: «¡Éste no es mi Juan, que me lo han cambiado!». Cayetano, o no supo qué responder, o hizo como

que no le oía. Sin embargo, la noche del baile del 15 de agosto apareció por el Casino y bailó media docena de piezas con Julita Mariño. La gente no salía de su asombro y se cuchicheaba que, aunque tarde, venía a cobrarse del apoyo prestado al señor Mariño hace unos meses, cuando tuvo dificultades.

Todo el mundo parecía más tranquilo, como si se pensase que Cayetano volvía a ser el mismo y que así nos entenderíamos mejor. Pero al día siguiente, por mucho que Julita salió de su casa, recorrió las calles arriba y abajo y se hizo la visible, Cayetano no salió del astillero, y por la noche, que había verbena en la plaza, tampoco apareció, y la chica de Mariño no se apartó de su madre y durante toda la noche estuvo desabrida y con la frente arrugada. Al día siguiente la mandaron a Santiago, a casa de unos parientes, y estuvo allí hasta bien entrado octubre. Cuando regresó, nadie recordaba el incidente. En cuanto a Julita, hablaba de política. En Santiago se había afiliado a la Juventud de Acción Popular y traía la encomienda de fundarla en Pueblanueva. Con las antiguas clientes del padre Ossorio y algunas chicas más ha llegado a reunir una veintena. Ella es la presidenta.

En fin: la gran novedad es el café. Marcelino el Pirigallo tenía un café grande y destartalado al que no iba nadie. Murió su padre, heredó unos duros y lo reformó. Pero la gente seguía sin ir. Entonces tuvo una idea genial: mandó hacer un escenario, se compró un piano viejo y alquiló de pianista a uno que había salido del Seminario y que no tenía donde caerse muerto. Las cupletistas que van de La Coruña a Vigo y las que van de Vigo a La Coruña se desvían en Santiago y pasan una semana en Pueblanueva. Las hay de todas clases, desde las que salen en cueros a las recatadas y sentimentales. Una de éstas fue la que vino a la inauguración; el Pirigallo invitó a todo el mundo; la artista fue muy aplaudida, y al día siguiente, después de comer, el café estaba de bote en bote. Da tres sesiones; la de la tarde, para familias, y en ésta las artistas se portan comedidamente. Pero de noche sobre todo y cuando hay rumbas se descuelga en el café el mocerío de la localidad. Los curas predicán en el púlpito contra el café cantante. La Juventud Feme-

nina de Acción Popular repartió octavillas dos domingos seguidos. Inútil. Ya nos hemos acostumbrado, nadie protesta y muchas veces sucede que se suspende la partida de tresillo del Casino y los jugadores se trasladan al café del Pirigallo a ver las piernas de las bailarinas. El café vale una setenta y cinco.

Capítulo 1

Las primeras rachas fuertes vinieron al acabarse octubre. Siguió una lluvia gorda, incansable. Ennegrecían las piedras y se ensuciaba la cal de las paredes. Poco a poco enfrió el aire. Sobre la mancha oscura de los pinares amarilleaban castaños solitarios. Por San Martín había llegado el invierno.

El padre Eugenio dejó de hacer el viaje a pie, desde el monasterio, cada mañana. Cabalgaba la mula y le cobijaba el paraguas. La mula quedaba amarrada a una argolla en el corral de un tabernero que la cuidaba y le daba el pienso por cuenta de Carlos Deza.

El padre Eugenio subía apresurado la calle, bregando contra el viento. Se envolvía en la capa parda y daba grandes zancadas. Las tenderas le veían pasar y se santiguaban. Decía alguna:

—Tiene el demonio dentro. Dicen que le sale a los ojos.

El padre Eugenio entraba en la iglesia por la puerta lateral, se quitaba la capa y se remangaba los brazos. Carlos solía dejarle tabaco. Encendía un cigarrillo y preparaba la masa y los colores. Hacía tiempo que trabajaba solo. Fumaba el primer pitillo, daba un paseo, contemplaba las pinturas inacabadas. De pronto, arrebatado, trepaba por el andamio y empezaba a pintar furiosamente: paletadas nerviosas, pinceladas rápidas y largas. Le duraba la furia unos minutos, un cuarto de hora. Descendía después, paseaba, fumaba otra vez. Encendía o apagaba las luces, se retiraba al fondo de la iglesia, o a un ángulo, o subía al coro. Tomaba apuntes, rectificaba perfiles o los imaginaba.

A veces deshacía lo hecho: con calma, con cuidado, a conciencia, y pisoteaba los fragmentos coloreados hasta devolverlos a su condición de tierra. Entonces, desalentado, se sentaba en un banco, esperaba la llegada de Carlos, hacia las once, que le traía un piscolabis y un poco de aguardiente para entrar en calor; el padre Fulgencio le había autorizado a comer entre horas y a beber, si el frío de la iglesia lo hacía necesario. Necesitaba escuchar a Carlos, mientras comía, para recobrar la fe en sí mismo.

Carlos daba su opinión, siempre elogiosa; a veces entusiasmada.

—Usted me engaña, don Carlos. Eso no está todavía bien. Lo alaba por no desanimarme.

Sin decir nada, volvía a trepar al andamio, pintaba, se olvidaba de que Carlos quedaba solo, allá abajo, aterido de frío. Para no helarse, Carlos recorría las naves a pasos rápidos, que resonaban, zas, zas, en el aire húmedo. Hasta que se cansaba.

—¡Bueno, padre, volveré a la hora de comer!

Carlos daba una vuelta por el casino, leía los periódicos, miraba jugar y regresaba en busca del fraile. Lo llevaba a casa de doña Mariana. La *Rucha* servía la comida. Tomaban café y el padre Eugenio se retiraba a hacer sus rezos. Hacia las tres volvía a la iglesia, se encerraba en ella, trabajaba hasta tarde. Después recogía la mula y marchaba al monasterio, ya de noche, en medio del viento y de la lluvia.

Si algunas mujeres lo encontraban en el camino se apartaban.

—Dicen que lleva el demonio dentro.

El padre Eugenio seguía adelante, peleaba con el viento y el paraguas.

El padre prior, a veces, le esperaba.

—¿Qué? ¿Progresas?

—Progresas.

—¿Estará para las Navidades?

—Eso espero. Un poco antes.

—Ya empieza a hablarse en el pueblo de esas pinturas.

—¿Y qué dicen?

—Cosas raras.

—No las ha visto nadie más que el doctor Deza, y al doctor Deza le gustan.

—Siempre se hacen conjeturas. O habrá mirado alguno por las rendijas.

El cura empujó la puertecilla y la halló abierta. Se coló sin hacer ruido y cerró tras sí. La iglesia estaba iluminada y silenciosa. El cura avanzó unos pasos, escuchó, alargó la cabeza para mirar: sobre el andamio no parecía haber nadie, ni en la iglesia bicho viviente. Se escondió tras una columna, espío la parte donde la luz no llegaba. Con precauciones echó a andar por la nave lateral, hacia el ábside.

—¿Quién anda ahí?

El vozarrón llegó del coro.

—Soy yo, padre Eugenio. Don Julián.

—¿Y quién le ha dado permiso para entrar?

El cura salió a la nave mayor. El padre Eugenio, con medio cuerpo fuera del balaustre y un brazo extendido hacia la puerta, le conminaba.

—Baje de ahí, padre —gritó don Julián.

—Digo que quién le ha dado permiso para entrar.

Se oyeron los pasos rápidos del fraile por la escalera de caracol. Su figura apresurada, desacompasada, avanzó pronto por el centro. Parecía furioso.

El cura le salió al paso, sonriendo. No se había quitado la teja, y por el embozo, algo caído, sacaba una mano explícita.

—No habrá nada malo en que venga a ver mi iglesia.

—¿Su iglesia? Usted sabe que esta iglesia no es suya.

—Así es, por desgracia, pero nunca creí que usted se pusiera al lado de esas leyes.

–He prohibido la entrada. La prohibición vale para todo el mundo, incluido usted. Hasta que la iglesia sea bendita, no tiene nada que hacer aquí. Y la bendición, ya lo sabe, la hará el prior. Consta la autorización escrita.

El cura seguía sonriendo.

–Curiosidad por ver esas pinturas. Se habla tanto de ellas...

El padre Eugenio pasó, rápido, por su lado. Subió al presbiterio y se metió tras una columna. Se oyó un chasquido y la iglesia quedó en penumbra.

–Algo ya pude ver... –dijo el cura con sorna–. Y no me gusta.

El padre Eugenio reapareció.

–¿Y qué?

–Voy a escribir al señor arzobispo. Esas figuras no son cristianas.

–El señor arzobispo ha visto a su debido tiempo los cartones y les dio su aprobación.

–A pesar de eso, voy a escribirle.

–Allá usted.

Empezó a subir al andamio. La voz del cura le detuvo.

–Espere, padre.

El cura avanzó hacia él.

–Aquí, la gente viene a rezarle a Santa Rita, a la Virgen de los Dolores y al Corazón de Jesús. No los veo por ninguna parte.

–Ahí estará la Virgen: ya casi está. Y esa figura grande será la del Señor. ¿No lo adivina?

–¿El Señor? Lo que veo es un mamarracho gigantesco. Y la gente no vendrá a rezar a eso. De modo que, si no me pone los santos que le pido, presentaré la dimisión.

–Haga lo que quiera.

–Pero antes escribiré al señor arzobispo. Ya se lo dije.

El padre Eugenio ascendió a la plataforma y empezó a amasar la cal.

–Nunca me expliqué por qué se gastan tantos cuartos en estas bobadas. ¡Más de veinte mil duros, se dice por ahí, que cobra el monasterio por esto! Y las elecciones encima. Ya veremos si para las elecciones dan otro tanto.

El padre Eugenio se acercó al cuenco del ábside. Encendió una luz pequeña y quedó alumbrado un trozo desnudo de pared. La cubrió de argamasa, la alisó y empezó a pintar. El cura, sin hacer ruido, trepó al andamio. El padre Eugenio pintaba los contornos de un libro, el perfil de unos dedos que lo sujetaban, las letras de un texto:

Qui sequitur me non ambulat in...

–Ganas de complicar las cosas. La gente no lo entenderá.

–¿No está usted aquí para explicarlo?

–Aun así...

El padre Eugenio abandonó los pinceles.

–Váyase, se lo ruego. No puedo atenderle ni discutir con usted. Si se me seca la argamasa, tendré que deshacer lo hecho.

El cura retrocedió con cuidado.

–¡Para lo que iba a perderse...!

El padre Eugenio le miró con ira. El cura sonreía; descendió lentamente, trabajosamente, sin desembozarse. Dijo: «Buenos días», y desapareció. Sonaron sus pisadas; después, el ruido de la puerta.

El padre Eugenio retrocedió y alumbró la figura. Dejó la luz en el suelo, se sentó en una banqueta y ocultó la cabeza entre las manos.

Terminaron el almuerzo. El padre Eugenio había estado silencioso y hosco. Dijo que se retiraba a hacer sus rezos.

–Espere, padre. No le dije que hubo noticias de París.

El fraile se sobresaltó.

—¿Viene Germaine?

—Por fin, se digna a venir.

Carlos buscó la carta en el bolsillo y se la ofreció al padre Eugenio.

—Léala.

—¿Para qué? Basta que usted me lo diga.

—Vendrá con su padre; no puede dejarlo solo.

—Es natural.

—Y pide dinero para el viaje. También es natural.

—Pero ¿viene para quedarse?

Carlos plegó la carta y la guardó.

—De eso no dice nada. Que viene, solamente; que estará aquí para las Navidades y que asistirá a la bendición de la iglesia.

El padre Eugenio jugueteaba con el cuchillo.

—Gonzalo Sarmiento tiene que estar hecho un viejo. Era mayor que doña Mariana.

—Más que viejo, fofo, blando. Me hizo mala impresión cuando le vi, hace ahora un año.

—¿Tendrá, por lo menos, buena memoria?

—Y a usted, ¿le preocupa?

El fraile apartó el cuchillo.

—No. ¿Por qué ha de preocuparme?

—Hay recuerdos molestos.

—Sí. ¿Quién lo duda? Lo son, sobre todo, cuando se quisieran olvidar y no se puede. Pero cuando se les tiene voluntariamente presentes, cuando son la vida actual, la forma de vida que se ha elegido, entonces nadie puede quejarse de ellos.

El fraile se levantó y cogió el breviario.

—Aunque no lo hubiera deseado, aunque hiciese lo imposible por evitarlos, al pintar otra vez tenían que volver los recuerdos. Han pasado veintitrés años. Mil novecientos trece, mil novecientos catorce... Eugenio Quiroga no sospechaba que pudiera meterse a fraile. Eugenio Quiroga era,

en realidad, otro hombre, el hombre viejo que quise enterrar, según el consejo de San Pablo. Enterrado quedó, pero no muerto. Porque recordarlo es hacerlo vivir de nuevo.

Carlos se levantó también. Se acercó al padre Eugenio y le palmoteó la espalda.

—No olvide que la base de mi ciencia consiste en hacer recordar al paciente y procurar que cuente lo que recuerda.

—Como en el confesonario. Allí entregué mis recuerdos, hace ahora veinte años.

Carlos rio.

—No quedaron bien encerrados.

—Quien los escuchó está muerto.

—Pues por lo que veo, olvidó llevarse las llaves.

El padre Eugenio se encogió de hombros.

—Voy a rezar.

Se volvió desde la puerta.

—¿Tiene que hacer esta tarde? ¿Quiere subir conmigo a la iglesia?

—¿No le estorbaré?

—No. Venga conmigo.

Salió. Carlos metió las manos en los bolsillos y se acercó a la ventana. Una cortina de lluvia enturbiaba el aire, y en la mar, una dorna bregaba contra las olas. Estaba el cielo oscuro, cruzado de gaviotas. Pasó corriendo un marinero, inclinado contra la lluvia. Alguien gritaba en el muelle.

Entró la *Rucha* y empezó a retirar el servicio.

—Haz más café.

—Sí, señor.

—Y deja fuera el coñac.

—Sí, señor.

Carlos se sentó ante el escritorio, lo abrió y empezó a escribir.

«Srta. Germaine Sarmiento.

»París.

»Mi querida amiga: He recibido su carta, y me alegro de que, por fin, se decida a venir. Empezaba a resultarme inexplicable su desinterés por unos asuntos que deben afectarle y de cuya guarda estoy encargado por una voluntad para mí más respetable que cualquier otra.

»Celebro también la elección de la fecha.

»Mañana mismo gestionaré el envío del dinero. Procuraré que la cantidad sea suficiente para que usted y su padre puedan hacer cómodamente el viaje.

»No ignora que estos envíos están limitados, y que es difícil burlar las disposiciones que los estorban. Me aproximaré todo lo posible a la cantidad que solicita.

»Hagan ustedes el viaje directamente hasta Madrid. Allí les esperaré y pondré a su disposición lo necesario para que pueda hacer las compras indispensables. Como usted puede suponer, las limitaciones legales no rigen para el interior del país.

»Podría también situarle una cantidad en un Banco de Irún. Telegráfieme a este respecto. Y avíseme con tiempo la fecha exacta de su llegada a Madrid.

»Les saluda muy cordialmente,

Carlos Deza.»

Cerró el sobre, lo dirigió y lo lacró. Llamó a la *Rucha*.

—Vete a Correos y certifica esta carta.

—Sí, señor. ¿No quiere el café?

—Sí. Que lo traiga tu madre.

Examinó la carta, comprobó la firmeza del lacre. Hizo un gesto.

—De todas maneras, la abrirán...

El padre Eugenio encendió todas las luces. Quedó la iglesia resplandeciente, sin sombras, sin contrastes, como si la luz naciera dentro de las piedras o las abrazase.

—Quiero que vea primero los ábsides laterales. Sobre todo, el del Evangelio. En conjunto, es el que más me satisface.

Le tomó del brazo. Atravesaron las naves. El padre Eugenio se detuvo ante un altar cubierto de arpilleras. Alzó el brazo y apuntó a las pinturas con su dedo largo.

—Ya le expliqué en un principio que las dimensiones de la iglesia no permitían seguir la pauta bizantina. Por eso he pintado aquí a la Virgen. Sin embargo, hay precedentes. Véala. La Virgen y San Juan Bautista. Al otro lado van, como usted sabe, los cuatro Evangelistas. No pude evitar el recuerdo de Durero, al menos en el color; pero son otra cosa.

Señaló la figura de la Virgen: alargada, con manto azul, los brazos levantados y una estrella en la frente.

—¿Le gusta?

—Sabe que sí. Se lo he dicho veinte veces.

—Comprenderá que hoy necesito oírlo una vez más. Después de la visita del cura...

Señaló el cuenco del ábside.

—No quiero hablar ahora de su valor artístico. Pero, litúrgicamente, es una imagen irreprochable.

—Es, además, una figura bella. Tiene gracia y encanto.

El padre Eugenio dejó caer el brazo.

—Pero le falta misterio.

—Lo tendrá, quizá, para quien crea en él, como usted. No olvide que yo todavía estoy fuera.

El fraile no respondió. Empujó a Carlos hacia el ábside central.

—Suba al andamio.

—¿Me lo permite? —le preguntó Carlos, riendo—. ¿Levanta usted los vetos y las condenaciones?

—Hoy, sí.

—Pero ¿de veras me dejará verme pintar?

—No estoy seguro de hacerlo esta tarde. Pero ahí arriba estaremos mejor.

Treparon a la plataforma. El fraile dejó la capa en una banqueta.

–Aléjese todo lo que pueda. Hace falta una mínima perspectiva.

–Lo comprendo.

–Cuidado. No vaya a caerse.

Carlos, al borde mismo del andamio, miró la figura del Señor. El fraile, un poco apartado, oscurecidos los ojos bajo la capilla, le contemplaba.

–¿Qué?

Carlos tardó en responder.

–No puedo decir nada. Sin el rostro, esa figura da la impresión de vacío. Si me apura, de un vacío espantoso. Como si la hubieran decapitado.

–Comprendo. Es lo que esperaba. Ahora, puede sentarse.

Señaló la figura.

–Cuando termine ese brazo y el libro que sostiene, me instalaré en la iglesia, dormiré aquí, no saldré para nada hasta concluir la cabeza y el rostro. Entonces, le agradeceré que no venga.

Carlos rio.

–Tendrá usted que comer, al menos.

–Me haré yo mismo la comida. Como hace veintitrés años. También entonces...

Se detuvo. Carlos alzó la mirada lentamente. La cara del fraile se había ensombrecido. Le brillaban los ojos, apretaba los labios, los puños cerrados se pegaban contra los muslos.

–Como usted habrá sospechado muchas veces, entonces fracasé. Llegué al convencimiento de que era un artista mediocre y mi orgullo no podía soportarlo.

–Conozco una pintura suya de aquella época. No es un cuadro mediocre.

El fraile se sentó. Extendió las manos sobre las rodillas, sacudió la cabeza, respiró hondo. Después miró a Carlos.

–Un cuadro ocioso, un cuadro como muchos miles de cuadros. Bien pintado, sí. Antes de los treinta años yo había

alcanzado la maestría. Dominaba el oficio, pero eso no basta.

Volvió a suspirar, inclinó la cabeza, habló con voz queda, como consigo mismo.

—No basta saber el oficio, saberlo admirablemente. El arte moderno no tolera más que al artista genial, no necesita más que del genio. Puede pasarse sin el buen pintor, como sin el buen escritor. El arte moderno es voraz de hombres hasta la crueldad, hasta el satanismo. Cada recién llegado tiene que tomar el arte donde lo dejaron sus predecesores y adelantar por el mismo camino, si el camino no está andado, o lanzarse al vacío. El arte moderno es una historia trágica. Hace veinticinco años los pintores lo sabíamos ya. Unos, por su propia experiencia o su intuición personal; otros, porque lo oían decir. Yo fui de estos últimos. Mis maestros me habían comunicado los secretos de la técnica, y también los trucos, pero no me habían dicho que eso fuera sólo un punto de partida, sino que era un punto de llegada y que sólo había que ponerse a pintar tranquilamente, a ganar medallas y dinero. Pero yo no fui a Roma, sino a París, y descubrí otro mundo sin tranquilidad, brutalmente sincero: frenético, desorientado, pero vivo, quizá diabólicamente vivo. Estoy hablándole de hace veinticinco años.

Buscó los cigarrillos, ofreció uno a Carlos. Encendieron.

—Usted no puede, quizá, imaginar lo que significa en la vida de un hombre ya formado descubrir que tiene que empezar de nuevo y que todo lo hecho no sirve de nada. Fue mi caso y el de otros muchos. La primera impresión, la mía al menos, era de que todo el mundo se había vuelto loco. No entendía en absoluto lo que veía. Llegué a reírme y a pensar que aquellas gentes no sabían pintar y hacían mamarrachadas. Hasta que comprendí que sí, que sabían pintar, y que aquello, lo que yo no entendía, lo pintaban deliberadamente y que tenía su razón de ser, una razón de